

latino *Tollere*, que significa *llevar, tomar*. Con tales raíces en los nombres, pudiera ser que esos señores no hubiesen *tomado* nada, y se les achacara por conjeturas, ó que si tomaron, fuese, más que por instintos de mercader, por la fuerza de la etimología. De todas maneras, la Historia cumple con consignar creencias populares que aun están vivas, y esto hecho, sigue de frente, como siguió Manuel Gonzalez, con su fuerza engrosada por la defeccion del enemigo.

XX.

"Fin y principio" de la batalla de Tecoaac.

La polvareda que se dibujó sobre las colinas que se extienden al Occidente, era levantada por las tropas de Gonzalez que se aproximaban. Porfirio Diaz, sin embargo, y sus fuerzas, á quienes el cerro de Tecoaac y lomas más próximas impedían ver claramente las más remotas, no se aseguraban de que llegaba tropa amiga. Pero una señal se habia con-

venido entre Porfirio y Gonzalez, que sirviera de anuncio á la aproximacion de éste. Era la señal un cañonazo, y el cañonazo resonó despues de la aparicion de la polvareda. Las tropas de Porfirio, advertidas de bajar hácia el llano y tomar la ofensiva al oír la detonacion, verificaron desde luego y resueltamente ese movimiento agresivo que reveló á Alatorre toda la realidad de su situacion en medio del doble ataque del enemigo y de la doble defeccion de Tolentino y de Alonso. Este último permaneció impasible en Huamantla ante el arribo de Gonzalez, á quien hubiera podido oponerse. Falto de los 3,000 hombres de Alonso con quienes Alatorre contaba para oponer un dique á ese desbordamiento, le opuso nada más que una valla de arena con quinientos dragones avanzados hácia la izquierda del cerro de Tecoaac, á las órdenes del coronel Verástegui.

Seguia entretanto el enemigo avanzando lentamente por las colinas, que en su escabrosidad entorpecian la marcha general por su necesidad de arreglarse á la de la artillería, cuando de repente vióse destacándose de entre la masa un escuadrón

compuesto de 400 caballos. Bajó al galope hacia la llanura, y un hombre solo, bien destacado de la primera fila, venia á su frente. Era Manuel Gonzalez. Conocida es la ley de velocidad progresiva de los cuerpos que descienden. Esa progresión que las Matemáticas aplicadas á la Física explican y calculan, dá á las masas descendentes desde grandes alturas, y sobre todo, en el vacío, una enorme velocidad y una enorme fuerza de caída. Una nuecesita, lanzada sobre un hombre á poca distancia, apenas logra desflorar su epidérmis. Pues según dicha ley física, pudiera demostrarse que esa misma pequeña nuez puede agujerear el cráneo de un hombre y seguir á través de su cabeza y cuerpo hasta perforarle completamente el tronco, con tal que la dejen caer sobre él desde cierta grande altura. Gonzalez traía en el cuerpo, al llegar á Tecoaac, algo de esa espantosa velocidad y esa fuerza adquiridas de las masas descendentes. Bajaba desde las empinadas Huastecas por donde habia rodado penosamente al par de sus cañones, siguió despues avanzando con más velocidad por los Estados de Hidalgo y Puebla, detenido sólo por los traidores que salian á vendersele al

paso, y así, tras de tanta marcha, desesperado de tantas lentitudes forzadas, llegaba de la Sierra á la Mesa Central lleno de la velocidad adquirida, y al bajar al llano de Huamantla, donde se debatian las fuerzas lerdistas, más parecia precipitarse que correr. Suelta la brida sobre el cuello de su caballo, tendido á escape, y con un revolver empuñado en su única mano, así llegó Manuel Gonzalez á Tecoaac. Aquella bajada sí fué grave. Pudo decirse que entonces *empezaba* la batalla, cuando *acabó*. Por eso se ha puesto por epígrafe á este párrafo: *Fin y principio de la batalla de Tecoaac.* Pero el principio y el fin, confundíendose y destruyéndose mutuamente, no duraron más que un instante. Los 500 de Verástegui, arrollados por la viva avalanche, volvieron grupas sin resistir, y siguió en las filas lerdistas el zafarrancho de la rendicion ó de la huida. Los serranos de Porfirio, envueltos en sus tilmas, y los oaxaqueños vestidos de dril, precipitándose al llano, confundieron el blanco de sus trajes con el de la polvareda levantada del campo revuelto. Las caballerías porfiristas y las del refuerzo gonzalista, entrechocándose como dos torrentes encontrados, aumentaron la confusion, y los hotes

de metralla despedidos desde la loma sobre los fugitivos, zumbando sobre tantas cabezas, igualaron el aturdimiento de los vencedores al de los vencidos.

Se hizo la cena de negros de la victoria; nadie conocía á nadie; y entre el tumulto apenas hubo quien percibiese á un hombre herido que caía de su caballo, también herido. Era Manuel Gonzalez, que al llegar, el primero, á Tecoaac, había sido el blanco necesario de los últimos tiros lerdistas. Una bala le había tocado levemente la pierna, otra se le había quedado en el muñon del brazo, y una tercera derribó á su caballo. . . . No faltó quien le diera otro: un alazan de grande alzada, en el cual se dirigió hácia la vecina haciendita de Tecoaac. Sólo, sin un ayudante, como extraviado en medio de la batahola, subía al paso de su alazan la falda de Tecoaac. El polvo le había cubierto hasta desfigurarle; su muñon, roto el nudo artificial que remataba sus arterias, sangraba abundantemente, manchando su traje, y su barba, viciosa como la de un ermitaño, estaba escupida y salpicada de espumarajos. Traía la ebriedad de su triunfo, más que la del alcohol con granos de pólvora que usan muchos de nues-

tros valientes ántes del combate. El toro herido y triunfante de su agresor, espumea y se enfurece de su mismo triunfo; y aquel hombre tenía en su naturaleza algo de la del toro. . . . Al llegar á las eras de la hacienda de Tecoaac, un jefe porfirista le reconoció y le salió al paso, saludándole. Manuel Gonzalez, ciego y enloquecido, ni vió al jefe ni aceptó su saludo; prorrumpió en un ruido gutural, algo como el bramido que resuena en la plaza taurina cuando los espectadores aplauden al cuadrúpedo, y de su boca salió una amenaza: "¡Ya verán como los he de c. . . . á todos!" *

Con tal terno y otros parecidos que fué soltando hasta apearse del caballo en el corredor de la hacienda de Tecoaac, aquel hombre que era ya el Blücher del pequeño Watterloo porfirista, se hizo también el Cambronne.

* Frase textual. En ella se omite la palabra puntuada, por demasiado ruda.

Y otros valientes antes del combate. El total de muertos por ambas partes fué noventa y cinco.

Ante esa suma de víctimas, la caridad se consuela, pero la historia se ríe. La acción de Tecocac sale del rango de gran batalla que le atribuyeron muchos contemporáneos; no entra ni siquiera en el de batalla, y queda consignada á la categoría de aquellas guerritas francesas del tiempo del cardenal Mazarino, que merecieron el nombre de guerras de los *petits-maitres*, é hicieron exclamar á Voltaire que entre los ingleses todo era grande, desde sus revoluciones, y entre los franceses todo pequeño, hasta el crimen de la guerra.

Andaba en Tecocac de una y de otra parte alguna gente lega en armas ó retirada tiempo hacia de su servicio. Periodistas de pluma y tijera, poetas tañedores de liras hipotéticas, y militares improvisados en una plumada, iban agregados al estado mayor de ciertos generales. Se había hecho además de aquel campo de batalla una especie de romería política y punto de cita de intrigas palaciegas. El orador Alcalde, llegado al campo porfirista como parlamentario del pretendiente á la Suprema Magistratura José M. Iglesias, y empinado sobre una

XXI.

¿Qué fué, en suma, la batalla de Tecocac?

Esa batalla no tuvo parte oficial. Sólo una carta sin firma de algún supuesto testigo circuló por los diarios, hablando de "ataques espantosos" y "luchas encarnizadas." Y agregaba la siguiente noticia de pérdidas: "Pérdidas por parte de Alatorre: Muertos, 1,900.—Heridos, 1,800, etc.—Pérdidas por parte de Díaz: Muertos, 857.—Heridos, 475.—Contusos 172, etc."

Se diría que el autor de esa noticia había contado uno á uno los cadáveres, había metido su mano en las llagas de los heridos, y visto las ampollas de los golpeados. Y sin embargo, nada más falso. El historiador se ha informado con jefes porfiristas que levantaron el campo, y ellos, cuyo interés estaría en confirmar esas cifras encaminadas á dar grandes proporciones á un he chode armas en que

intervinieron, ellos han depuesto que el total de muertos por ambas partes fué noventa y cinco.

Ante esa suma de víctimas, la caridad se consuela, pero la historia se ríe. La acción de Tecocac sale del rango de gran batalla que le atribuyeron muchos contemporáneos; no entra ni siquiera en el de batalla, y queda consignada á la categoría de aquellas guerritas francesas del tiempo del cardenal Mazarino, que merecieron el nombre de guerras de los *petits-maitres*, é hicieron exclamar á Voltaire que entre los ingleses todo era grande, desde sus revoluciones, y entre los franceses todo pequeño, hasta el crimen de la guerra.

Andaba en Tecocac de una y de otra parte alguna gente lega en armas ó retirada tiempo hacia de su servicio. Periodistas de pluma y tijera, poetas tañedores de liras hipotéticas, y militares improvisados en una plumada, iban agregados al estado mayor de ciertos generales. Se había hecho además de aquel campo de batalla una especie de romería política y punto de cita de intrigas palaciegas. El orador Alcalde, llegado al campo porfirista como parlamentario del pretendiente á la Suprema Magistratura José M. Iglesias, y empinado sobre una

roca de las lomas del fondo, contemplaba las peripecias de la acción al par de otros curiosos. Se asistía á la anunciada gran batalla como á un espectáculo de redondel, y el ilustre literato Riva Palacio, posesionado de otra roca, tomaba apunte de todo, con el propósito aparente de trasladarlo á su periódico satírico *El Ahuizote*. Ese círculo de elementos extraños á la guerra *politicó* la lucha, si se permite el neologismo. La atmósfera de los combates es de tal suerte, que un vientecillo que sopla hacia ella de otras regiones, le quita mucho de su influencia sobre el ánimo del combatiente, que se hace frío y calculador. El cálculo es el veneno mortal de la audacia, y en Tecuac se calculaba mucho, y por eso nadie se atrevía. Se vio allí al valor no desmentido flaquear como las piernas de un bisoño en su primer combate. Alatorre dió órdenes de ataque á sus generales de más denuedo, y los generales no las cumplieron. Hasta los mismos serranos de Porfirio, gente de valor tan natural como el de los leopardos de sus montañas, sintieron miedo en esa jornada bélico-política, y hubo un momento, en medio de las escaramuzas de la mañana, en que emprendieron formalmente la fuga en columna

cerrada, á un impulso unánime de miedo; y la hubieran consumado, á no haberles hecho volver al terreno algunos jefes advertidos de su desercion, que los detuvieron á sablazos. Deserciones en el porfirismo, deficiencias en el lerdismo, vacilacion en ambos, fuga pavorosa del vencido, en quien se declaró un desesperado "sálvese quien pueda" á pié de gamo ó uña de caballo, tales fueron los efectos sensibles de la política aplicada á la guerra. Marte no puede, sin decaer, asociarse con Mercurio, el dios del comercio y de las intriguillas. Aquiles mismo dormitaba en su tienda cuando andaba en enredos con Agamenon.

Sólo un jóven jefe jalisciense, el coronel graduado Bonifacio Topete, á quien hemos visto en el curso de la acción mandando un cuerpo lerdista, permaneció con él en el campo de la derrota. Situado al frente de su batallon, cerca de un *almear* ó vasto hacinamiento de barbecho, contemplaba tristemente el tumulto, que no le envolvía, como si se hubiese propuesto estarse allí para hacerle honores de funeral á su propia derrota. No tardó en pasar cerca de él un jefe porfirista hácia quien

avanzó presentándole su espada, que el contrario rehusó aceptar con un ademan de cortesía. Y al mismo tiempo, Topete, con un movimiento de noble jactancia, natural en su situación y comprensible en un jóven militar amante del cuerpo que mandaba,—“Me rindo con mi batallon, dijo al jefe porfirista, y crea vd. que rendido mi batallon, se acabó el lerdismo.”

Y el jóven jefe auguró bien, sin ser profeta. El Gobierno de D. Sebastian cayó para no levantarse más apénas se supo en México el resultado de la refriega del 16 de Noviembre, como si ese gobierno, en vez de tener su principal asiento en el Palacio Nacional, lo hubiese tenido en la cumbre del cerrito de Tecuac. . . . Una nueva figura, como entidad brotada de la corrupcion y de la muerte, iba á levantarse del cadáver político de D. Sebastian Lerdo. Salia del mismo cerro de Tecuac, de la hacienda que está en su falda, donde Manuel Gonzales, herido, se debatía en el lecho del dolor. Cuéntase que Porfirio Diaz, apénas se hubo repuesto de la emocion de su victoria, se acercó á aquel lecho y estrechó con efusion la única mano del herido.

—“Le debo á vd. la victoria,” le dijo, y “será vd. mi ministro de la Guerra.” Era aquello como el “en verdad te digo que entrarás en mi reino,” de Jesucristo al buen ladron. Y en efecto entró, para escalar el sétimo cielo del reino porfirista, ya no como ladron bueno, sino como ángel rebelde. Ya es tiempo de verle y seguirle en su nuevo estado.